CORONA DE LA PASION

Y

RECUERDOS

de la semana santa en Sevilla,

por

Don Emilio Mozo Rosales.



SEVILLA.

Imprenta de Gomez, calle de la Muela n. 7,
á cargo de D. Juan J. Franco.
1851.



Á LA ENTRADA DE JESUS EN JERUSALEM.

Cuando ya del cruento sacrificio
el momento fatal se apròximaba,
y del Eterno el infalible juicio
por la voz del profeta se anunciaba;
porque quiere propicio,
en su saber profundo,
con la sangre de un Dios salvar á el mundo.
La hora sonó que en la ciudad del crimen,
donde un horror inmensò se prepara:
en la que tantas vidas se redimen
de la pena en que gimen,
una sola inocente se inmolára.
Vida de bendicion, pura, y tan cara
á los ojos del cielo, y de la tierra,
como que en ella encierra
un Dios Omnipotente
su virtud, su saber, su poderío,
y hácia el género humano amor ardiente.
Mas tú, pueblo Judío,
insensato á la par que ingrato y fiero,
vas, infeliz, su maldicion eterna
contra tus propios hijos concitando.

Un trono de dolor en un madero,
con vértigo nefando
vasle á ofrecer. Mas de su madre tierna
con lloro, y sangre de Jesus regado,
al tiempo venidero
pruebas dará de su inmortal reinado.
Fanática, y cruel, dura, inclemente;
pudo la infanda gente
de aquel pueblo de réprobos un dia,
por su mal, aceptar férrea coyunda:
y en pago de su atroz alevosía,
que en la nada confunda
sus glorias el Eterno.
Que deje de existir su afecto tierno,
y se cambie en rigores, y en castigo
la benévola faz de un Dios amigo.
Pero escrito se hallára
que aquel pueblo de ilusos, inconstantes
como á su Rey lo recibieran antes
que la víctima al Ara
subiese, unos instantes,
y con su sangre real la salpicára,
Entonces afanosos, y vencidos
de prodigios sin fin, corren ligeros
á encontrar á Jesus, y abren sus puertas.
De cantos placenteros,
de música, y alertas
se escuchan en las calles los sonidos
que alhagan los oidos
de un mundo bullidor si lo divisa.
Celeste encanto, y plácida sonrisa
halla en su aspecto grave,
y el amoroso acento
del Dios del Firmamento
y en su mirada candorosa, y suave.

Flores, y ramas por do quier tendia
el pueblo de Israel, henchida el alma
de gozo, y de placer cuando veia
lleno á Jesus de mansedumbre, y calma
hacia el venir en tan solemne dia.
Osana! al hijo de David clamaba.
Al hijo del Señor de las alturas,
y á sus pies celestiales arrojaba
sus propias vestiduras
y las coronas que para él formaba.
Allí, Jesus, montado pobremente
su pueblo via, y con dolor profundo
levantaba la frente,
para que ver pudiera
en su mansion postrera
el pueblo, humilde, al Redentor del mundo.
Dulces cantares, vagaroso el viento
en sus nítidas alas conducia;
y aquel sonoro acento,
allá en el Firmamento
la corte de Querubes repetia.
Con tierno amor, y juvenil contento
corrian los discípulos dichosos
de su maestro la voz pura, y serena
ávidos á escuchar, y presurosos,
exenta el alma de dolor, y pena.
Y aquellas voces que recoge el cielo
de Hosana en las alturas,
y que repite alegre muchedumbre
con solicito anelo,
se escuchan resonar desde la cumbre
de la erguida montaña á las llanuras.

Allá en el vasto, y anchuroso espacie,
y en el valle, y el monte,
y en lejano Orizonte,
y en la poblada, y abundante tierra,
y en la escabrosa Sierra,
y hasta en el rico, y mundanal palacio
adonde los Doctores
esperaban inquietos, dando leyes,
ver al Rey celestial de los Señores,
al Hijo de su Dios, al Rey de Reyes.

JESUS CAMINANDO AL CALVARIO.

Era Jerusalen: confuso el viento,
sordo rumor en su volar lanzaba,
desde la tierra al alto firmamento.
Allí el eco del pueblo resonaba
porque se cumpla el bárbaro tormento
con que al hijo de Dios se condenaba.
Gritos de horror, y de pavura y muerte
hielan el pecho del varon mas fuerte.

—

Olas de pueblos por do quier se via:
y tropa, y confusion por donde quiera
á las mismas el paso entorpecía
al querer acercarse en su carrera
al condenado Rey. Le conducía
con su pesada cruz á muerte fiera;
y el pueblo aplaude cuando el cielo gime
al ver la huella que su sangre imprime.

—

La tierna madre con pesar profundo,
de llanto henchido el corazon doliente,
miraba ansiosa al Redentor del mundo
bañada en sangre, y en sudor la frente
ser de aquel pueblo, criminal, inmundo,
escarnio, y mofa á la indomable gente;
luchando en ella con afan prolijo
su respeto á su Dios, su amor á su hijo.

—

Tres veces el señor cayó rendido,
tiñendo en sangre el empolvado suelo;
cansado, y débil, de dolor transido.
Y los verdugos en su torpe anhelo
golpes redoblan en el cuerpo herido
al senor de la tierra, al rey del cielo.

Dulce espresion empero se advertía
de Jesus inocente en la agonía.

—

Ninguna queja pronunció su boca;
fué tumba del dolor su fuerte pecho,
al parecer de invulnerable roca
pero de angustia, y de pesar deshecho.
Y el pueblo en tanto en algazara loca
aun de tanto sufrir no satifecho,
«que muera» gritan, al decir su labio
palabras de perdon por tanto agravio,

. . . .

. . . .

Al Gólgota llegaron. Del desierto
allá en la vaga, y arenosa tierra
triste se escucha el lúgubre concierto
del ave que á llorar voló á la sierra,
ò á las tristes orillas del mar muerto.

—

Blanca paloma de brillante pluma,
hiende los aires, y al mirar la cumbre
á do se oculta, entre naciente bruma,
fiera en Jerusalen la muchedumbre,
rompe su acento la nevada espuma.

—

Oscila el tallo de la flor pomposa,
y humilde el ruiseñor corre á su nido.
y el cáliz cierra la fragante rosa
y el grato lirio, y la azucena hermosa,
al escuchar su arrullador gemido.

. . . .

Allí por la vez postrera,
de sus afanes prolijos
dió la muestra mas sincera,
y ni un sollozo siquiera
oyó exalar á sus hijos.

—

Ay! tal vez el golpe rudo
de algun pobre leñador
responde al dolor agudo
con qúe aquel pueblo sañudo
maltrata á su Creador.

—

Tal vez en negra garganta
corta un cedro secular,
al tiempo que se levanta,
lentamente la cruz santa,
y se convierte en altar.

—

Allí el señor enclavado
del hombre por los furores,
redime de su pecado
á un mundo que le ha colmado
de ultrages y de dolores.

—

Allí á su madre querida
triste y exánime vió
al estinguirse su vida;
y bajo una y otra herida
el espíritu entregó.

. . . .

Al cenit alcanzó la luz del rayo;
alzóse airado el aquilon mugiendo;
el ronco trueno respondió estendiendo
insólito fragor al estrallar.

—

Cárdena lumbre iluminó á la tierra,
y conmoviera al mundo en su simiento.
Bosques lozanos al furor del viento
se vieron en las selvas arrancar.

La destruccion y el génio de la muerte
lívidas alas con placer tendieron.
El mundo contemplaron, sonrieron
y negra noche sucedió á la luz.

—

Solo se veia en la asombrada tierra
del Hombre Dios los pálidos despojos
y en lloro ardiente en sus cansados ojos
abrazada la vírgen con la cruz.

—

Solo se escucha con pavor creciente
solemnes ecos de angustioso llanto.
y al báratro mugir, llenar de espanto
al mundo que temblando está á sus pies.

—

Y el cielo mismo de pesar cubierto,
de afliccion, y de pena y de agonía
tributo de dolores ofrecía
al Hombre Dios que lacerado ves.

LA VIRGEN AL PIE DE LA CRUZ.

Cual blanco lirio, ó delicada rosa
que marchitára un ardoroso Sol,
así la madre del Señor, hermosa,
lánguida ante la cruz postra el dolor.
Paloma virginal de blancas plumas,
alzar intenta en su dolor cruel,
su casta frente que al pasar las brumas
besaban con respeto y con placer.
Al ver sin vida á su divíno encanto
huye del labio su espirante voz;
brota á raudales su angustioso llanto,
sin darle alivio á su materno amor.
En su dolor el pensamiento fijo
no ve ya el mundo pues murió Jesus:
que al universo representa su Hijo
clavado y yerto en la sagrada Cruz.

—

Todo era soledad, penumbre, y calma,
las flores se plegaban tristemente;
parecia llorar la altiva palma,
y callar sus mugidos el torrente,
y levantarse á su region el alma
dejando al mundo en su dolor potente.

—

Era la muerte en medio de la vida;
que si aliento vital aun conservaba,
duelo en el corazon, voz dolorida
en la garganta que el dolor ahogaba:
del corazon, garganta, y voz querida
muerte, y desolacion solo brotaba.

—

Tuviera un hijo que adoraba tanto,
á cuyo acento que conmueve el alma,

llena de regocijos, y de encanto
respira dichas, y placer y calma.

—

Y velo allí clavado como á un reo
en una cruz que con desprecio mira,
y con horror y espanto al pueblo hebreo
y ve que ya su pecho no respira.

—

Que el corazon no late; que ya ha muerto
su grato acento en su garganta helada,
que es su tierno Jesus cadáver yerto
sin brillo alguno en su postrer mirada.

—

Hijo del alma querido
antorcha de mi razon.
¿Porqué dejarme has querido
el espíritu afligido
traspasado el corazon.
Lágrimas vierten mis ojos
los tuyos sin vida están.
Ay! reprime tus enojos
y en este mundo de abrojos
mitiga, Señor mi afan.
O muerte dame tambien,
ó en mi profundo dolor,
vea en tus lábios Señor,
algunas muestras que den
consuelo á mi ardiente amor.
Soy tu madre, oh! desventura
madre tierna, sin igual
besaba tu frente pura,
y era toda mi ventura
tu sonrisa angelical.

Tu que puedes á este mundo
darle eterna duracion,
ó bien destruirle iracundo,
arranca el dolor profundo
que parte mi corazon.

—

Y las nubes
vaporosas,
temblorosas
se agolpaban,
y pasaban,
en alas del aquilon.
Y la Vírgen
en su duelo,
sin consuelo
allí gemía,
y vertía
el llanto de su afliccion.
En su santo
arrobamiento,
el pensamiento
siempre fijo
en su hijo,
demandaba,
dolorosa,
y angustiosa,
un atomo de piedad.

LA TUMBA DEL REDENTOR.

¿Porqué no canta entre tupidas ojas
graciosa el ave como ayer cantaba?
¿Por qué entre bellas clabellinas rojas
la mariposa que su miel buscaba
huye y se azora?

¿Por qué del cuerbo el lúgubre graznido
hiende el espacio nubarroso y triste?
¿Por qué de muerte en su color teñido
el monte, el llano, el firmamento viste?
¿Qué ha sucedido?

Por qué al pasar las bullidoras ondas
ayes pronuncian de dolor sin cuento?
¿Y por qué del crepùsculo las blondas
mas negras son, y mas furioso el viento
silva en las rocas?

¿Por qué no reververa estrella alguna
y oscura sombra en su lugar parece?
¿Por qué no posa la cambiante luna
su opacà luz sobre la flor que crece
en la espesura?

¿Por qué el lúgubre lloron
besa aun mas la parda tierra?
¿Por qué respira afliccion
cuanto en el mundo se encierra?

¿Acaso el Noto que zumba
viene á llorar afligido
en el hueco de una tumba
dó yace un cuerpo querido?

. . . .

El cárdeno lirio,
la rosa amarilla,
la rama sencilla,
y el triste ciprés,
formando girnaldaldas
de suaves colores,
allí sus verdores
agostan tambien:
y cubren la losa
do yace escondido
el Dios que há partido
los justos á ver.

—

Y el ángel del dolor amargo llanto
allí derrama con amor en tanto.

. . . .

Y los judios velaban
y las horas se pasaban
fijos en el mismo empeño
mas sus pupilas cerraban
las negras manos del sueño.

A LA RESURRECCION.

En vano el génio de la muerte ondea
en la tumba de Dios negros pendones,
y ostenta ūfano á la nacion hebrea
de horror, y espanto, trágicos blasones.
En vano encienden funeraria tea
para velar ante él, rudos sayones:
porque un momento fué, y estaba escrito
el desengaño al par de su delito.

En vano intenta su fatal manía
de tratar á su Dios cual delincuente
cubrir sn cuerpo con la losa fria,
temiendo acaso que sn augusta frente
luciese ilesa al despuntar el dia,
y el patíbulo atroz fuese impotente
en polvo á convertir del frágil suelo
al supremo Hacedor del alto cielo.

La hora pasó que al Uuiverso advierte
la fatídica voz de los profetas.
Cesó ya el padecer: calló la muerte
el ronco son de lúgubres trompetas
conque el mundo aterró: que el cielo vierte
á torrentes placer, luz los planetas.
Resucitó el señor, y hacen pedazos
nefando crimen sus potentes brazos.

Y por eso al l'egar las dos Marias
á la tumba de Dios, vertiendo lloros,
oyen gozosas dulces armonias
del alto empíreo en divinales coros.
Por eso el ángel venturosos dias
anuncia al justo, y lauros y tesoros:
que la sangre de Dios crucificado
borró la mancha que causó el peeado.

Á LA CATEDRAL DE SEVILLA.

Templo que vives á la par de siglos,
templo de Dios, magnífico conjunto.
Rico tesoro donde guarda el génio
su corona inmortal.... Te admira el mundo.
A tí de Gueber el compás te mide,
de Florentines el buril te pule,
de los Murillos el pincel te adorna
y de Morel el brazo te concluye.
Si de tu torre colosal se ostenta
la osada frentre entre las altas nubes,
se siente el alma de grandeza henchida,
elevarse tambien desde tu cumbre
á la morada donde habita el génio,
y al artista inmortal su ciencia infunde.
En tí viven aun aquellos hombres
que en ruda piedra, ó en informe lienzo
indeleble gravaron su memoria.
En tí viven aun.... Nada es el tiempo;
que el tiempo pasa, y de sus hechos queda
glorias de Dios, adoracion del pueblo.

....

Y en los negros murallones
todo el talento se ve
de largas generaciones,
que alentaban corazones
llenos de ciencia y de fé.
Lo que la plnma trazando
cuanto le dicta su celo,
hoy dia está publicando;
allí lo estaba dictando
una inspiracion del cielo.
Ya del hábil escultor,

ya del arquitecto sábio,
ya del célebre pintor,
lo que se ve en derredor
no basta á espresarlo el lábio.

....

Lo que el génio del arte, y Dios comprenden
lo que al mortal en su impotencia humilla,
obras suntuosas que al artista encienden:
del mundo admiraeion... Gloria á Sevilla.

AL MONUMENTO.

Cuando en su ardiente concepcion de artista
Antonio Florentin pensó en formarte,
y á la par de su númen colocárte
del orbe entero á la admirada vista.
Dijo en su inspiracion. «Que el le revista
de las galas sin fin que enseña el arte.»
Grandioso y sin igual quiso dejarte
para que eterna su memoria ecsista.
Y te formó soberbio monumento
tumba de Dios cuando sus ojos cierra
la muerte osada en hórrido tormento.
Allí por siempre tu blason se encierra:
diste á Sevilla loor, glorias sin cuento,
y asombro tu saber le dió á la tierra.

EL MISERERE.

Espera mi musa, espera.
Lo que el corazon admira
puédalo cantar la lira
con su dulcísima voz

—

Escuchar esos acentos
desean aun mis oidos:
sus armoniosos sonidos
quiero repetirlos yo.

—

Espera mi musa, espera
que mi corazon se inflama
al contacto de tu llama
y necesito de tí.
Quiero escuchar harpas de oro
por los ángeles tañidas,
por los hombres repetidas
que ahora están sonando aquí.

—

Quiero embriagarme en nectar
de seductora armonía,
porque siente el alma mia
su valor desfallecer.
Espera mi musa, espera:
que, el alma arrobada siento
volar en pos de su acento
y quiero cantar tambien.

. . . . . . , ...

¿Quién de la noche al contemplar los sueños
de caprichosa y vaga fantasía,
dulcísimos á veces y risueños,
no mira con pesar que llegue el dia?

—

Prodigios mil, y mil su mente crea,
en ellos un Eden miran sus ojos,
¿Y quién hay que dispierto asi los vea
y al ver la realidad no sienta enojos?

—

¿Quién de la esfera en derredor girando
naves no ha visto de topacio y oro,
y en ellos los Querubes entonando
cantos que ahuyentan el amargo lloro?

—

¿Quién no ha sentido, al escuchar sonoras
sus dulces notas, elevarse el alma
del cielo á las regiones seductoras
con dulce afan, y bienhechora calma?

—

Trasuntos son de aquellas fantasias
los tiernos ayes que, en el templo santo,
resuenan en las bóvedas sombrias
con dulce acento, y religioso canto.

—

Trasuntos son del eternal concierto
que escucha un Dios en su mansion de gloria.
Deja de asombro, y de entusiasmo yerto,
y lauros lega á la hispalense historia.

—

Venid los vates de la yerma orilla...
Los césares venid... Venid cantores
y al regio miserere de Sevilla,
la frente humilde, tributad loores.

. . . .

Son las cóncabas, bóvedas frias
son los mármoles, nítidos, sí;
son los pórticos, lúgubres, tristes
son las pálidas, Vírgenes mil
Las que alumbra en derredor

blanca cera con luz vaga;
cuyo opaco resplandor
la pálida luna apaga
en su disco oscilador.
Y mil sombras vagarosas,
al par del viento mecidas,
van á perderse medrosas
como nubes desprendidas
en las bóvedas suntuosas.
Se oye aquí del corazon
eco confuso y profundo:
que en su ferviente oracion
en esta augusta mansion
alza sus ayes el mundo.
Y orquesta con voz mas grave
que el aquilon cuando zumba,
mas profundo que la tumba
hace retemblar la nave
y en sus cóncabos retumba.
Y del niño la voz breve
llena, al par de su sonrisa,
desde la losa de nieve
que pisando está el pié leve
hasta la última cornisa.

. . . .
. . . .

Y pasan instantes en rápido vuelo
y lengua de bronce contándolos va.
Mas lánguida el alma, morando en su cielo
las horas perdidas no escucha sonar.
Las castas doncellas se muestran de hinojos
formando mil grupos, que el hábil pintor
apenas pudiera formar á sus ojos,
tan varios, tan gratos, tan cándidos son.
Allí sus cabezas de ténues cabellos,

bañadas apenas estan por la luz,
Pero ay! de sus ojos se escapan destellos
mas puros, mas dulces, mas tiernos aun.
Allá de una dueña la frente rugosa
al suelo inclinada cual sauce lloron,
los ojos cerrados, pronuncia angustiosa
palabras, cien veces, de humilde oracion.
Los hombres cruzando cual sombras las naves
fantasmas perdidas parecen mas bien.
La música sigue con notas mas suaves
que aquellas que vibran en plácido Edem.

RECUERDOS
DE LA SEMANA SANTA
EN SEVILLA.

RECUERDOS DE LA SEMANA SANTA EN SEVILLA.

En tí Sevilla, la mansion de amores
en tí la reina de la pátria mia,
en tí pensil de las eternas flores
brillante ostenta su hermosura el dia.

—

En tí de Dios la creacion se esmera,
en tí la vista con placer se encanta,
y la ortodoxa religion venera
mas que nadie tu pueblo con fé santa.

—

Suntuosos templos por do quier publican
el sacro fuego que animó á tus hijos.
Glorias del arte en su interior indican
trabajos incesantes, y prolijos.

—

Cuando el viagero al caminar errante
prodigios busque por el ancho mundo;
pise tu suelo; y hallará al instante
de goces el pais rico y fecundo.

—

Se ve con gozo en la sin par Sevilla,
que al pié de sus magníficos altares
un pueblo entero con fervor se humilla
y eleva al cielo plácidos cantares.

—

Y un pueblo de delicias, y de encantos,
de mágica ilusion, de poesía,

derramando á la vez amargos llantos
en medio de raudales de armonía.

—

El pecho al verte de placer palpita,
radiante emporio de brillantes galas,
que si la brisa por do quier se agita
aromas, mil, y mil lleva en sus alas.

—

En una mar de nacaradas flores,
de grato limonero, y verde olivo
con su dulce perfume, y sus colores
logras tener al viajador cautivo.

—

Entre mirtos, y dalias, y jazmines
y entre azucenas y esplendentes rosas,
mas bellas flores viera en sus jardines
que sus dueñas tal vez son mas hermosas.

—

Y allá al volver hácia su pátria un dia
recuerdos lleva de tu hermosa tierra,
de admiracion, y gloria, y poesía
que hasta la tumba el corazon encierra.

. . . .

Allí sorprendido ves
qne un pueblo corre y se agita,
que su corazon palpita
llevado del interés
de su religion bendita.
Allí el magnate opulento
y los pobres menestrales,
siendo en los templos iguales
se confunden un momento,
dando de piedad señales.
El artista, el labrador,
la rica ó pobre muger,

el soldado ó mercader
todos los ves con fervor
las iglesias recorrer.
Por la noche ó por el dia
á donde quiera que te halles,
como la fé no se enfria,
tesoros ves en las calles
de opulencia y de armonía.
Y es porque la gran semana
que hizo nuestra redencion
anunciá ya la campana,
y escita á la devocion
de la noche á la mañana.
Pero no olvidan por eso,
del Bétis en las orillas,
de las artes el progreso:
y hacen ver mil maravillas
con un espléndido esceso.
Que alli sus gracias ostentan
las bellas del Mediodia;
y lucen galas que inventan
su gusto y su fantasía
con que á los astros afrentan,

. . . .

. . . .

Las calles, balcones, y plazas sostienen
un mundo animado que observa, y murmura;
mil puras doncellas allí se detienen
mostrando halagüeñas su grata figura.
Y como las olas de un mar agitado
á un grupo otro grupo se va sucediendo,
confúndense todos como en verde prado
un soplo de brisa las ojas va uniendo.
El frac elegante confunda su lana
con burda zamarra, chaqueta sencilla,

el rico vestido con coco ó indiana,
sedosa capota con basta mantilla.
Y á Dios levantando sus votos fervientes
el rudo soldado, la vírgen hermosa
sus triunfos pasados, sus glorias presentes
la invicta Sevilla recuerda gozosa.
Y siguen las horas su eterna carrera
y del sol los rayos marchándose están,
empero los grupos se ven por do quiera.
que adornos y galas mostrándose van.
De gusto y riqueza la noble Sevilla
cual astro radiante brillando lo ves,
y al orbe asombrado doblar su rodilla,
y lauro y coronas rendir á sus pies.
Y propios y estraños su fulgida estrella,
magníficos rayos lanzando al mirar
acatan gozosos diciendo que es ella
el trono del mundo, del cielo el altar.